



Nº 24502

Otra vez me encontraba aislada en aquel húmedo y verde **bosque**. Sola.

Aún así, aquella horrible sensación de ser observada no se iba de mi lado. Me inquietaba enormemente no escuchar ruido alguno en el lugar: ningún gorjeo de pájaro; el crujir de las hojas secas bajo mis pies; ni siquiera mi respiración. Nada.

De pronto, una suave **lluvia** comenzó a caer, y la vegetación se empapó de tonos grises, que se volvían oscuros con lentitud.

Podía oír los gritos desgarrados y los gemidos de puro y asfixiante dolor; clamando y rogando por la ayuda que yo no podía brindarles.

Los sonidos, los alaridos, los gritos... cesaron. Su imagen, bella y pulcra, apareció ante mí.

Su piel, casi transparente, estaba cubierta por una larga y fina capa de color ceniciento. Aunque sabía que sus pies estaban posados en el suelo del bosque, me pareció que flotaba en el aire; con una elegancia que sólo los de su clase podían poseer. Su rostro era tan hermoso como todo él, pero destacaba por ser casi tan frágil como el papel. Temblé involuntariamente al escrutar sus ojos; grandes y oscuros por el deseo de probar el manjar que corría por mis venas.

Sus finos labios se curvaron hacia arriba, en una cálida y a la vez sádica sonrisa, cuando volví a temblar.

Me tendió una de sus manos. Una garra de marfil con dedos largos y bien definidos, perfectos. Clavó su vista en mis ojos castaños.

“Acércate” me susurró con voz dulce, pero que al mismo tiempo sonó como una orden que no podía desobedecer. Logré tartamudear un ligero “no” y sus facciones se llenaron de furia. “¡Acércate!” gritó desesperado, y aunque no



podía moverme presa del pánico, negué casi imperceptiblemente con la cabeza; más él era capaz de notarlo.

Era como un animal. Un depredador. Y yo era su presa. Se excitaba más con el olor de mi miedo, de mi nerviosismo, y de mi sangre. Aquello hacía la cacería más interesante. Y a él le encantaba jugar con la comida.

De un momento a otro, se abalanzó sobre mí. Sabía que ese era mi final, pero no vi un túnel con una luz como final, ni mi vida delante de mis ojos. No. Nos veía a nosotros, caminando de la mano bajo el calor del sol.

Absolutamente irreal. Yo era aquí el alimento. Este era mi papel, él tan sólo me usaría para saciar su sed y luego me dejaría. Otra vida rota por un único ser, capaz de matar a sangre fría sin importar lo que vendría después.

Sus labios se encontraron con mi cuello, y sus colmillos perforaron mi piel. Todo se volvió negro.

Desperté gritando en la cama del psiquiátrico nuevamente, empapada en sudor por la alta **fiebre** que me proporcionaban mis comunes pensadillas.

Mi vida había cambiado mucho desde que decidí pasar mis **vacaciones** de verano en aquel lluvioso pueblito alejado de la civilización.

Oh sí, había cambiado mucho desde que aquel ser se cruzó en la carretera por la que conducía mi coche. Por mucho que el conductor de la **grúa** y el mecánico pensaran, yo sabía que no había cruzado contra un ciervo.

Mí familia había invertido mucho **dinero** para internarme en este frío lugar de color blanco, lleno de enfermos mentales.

¡Yo no estaba loca! Sabía lo que había visto. No era mi imaginación, y no era producto de una conmoción cerebral.

A la par que la enfermera me sedaba para que me estuviera quieta, como usualmente hacía, le rogué que me dejara irme.



Ella simplemente me sonrió de manera triste y salió por la puerta de la impersonal habitación que ocupaba.

Pero antes de caer en la inconsciencia, pude sentir otra vez la sensación de ser acechada, y mi corazón repiqueteó de puro terror al verlo parado junto a mi cama, con ojos oscuros y felinos, calculadores, y su sonrisa enfermiza.

“Ahora no escaparás, mi pequeña” me besó con cuidado la garganta y la sangre huyó lentamente de mi cuerpo.

Extrañamente, no pude imaginar una mejor muerte que aquella. Totalmente dulce. Para siempre.